

sin cosa alguna propia, al exprimirlo se quedan totalmente vacías, con la particularidad de que, si trabajo costó hincharlas lo más posible y en corto plazo de tiempo, no menos cuesta el deshincharlas en período mucho más breve. Hay que presenciar los exámenes y presenciarlos de frente, precisamente al examinando, como á mí me pasa, para ver el esfuerzo brutal que ellos exigen. Son muchísimos los jóvenes que llegan lívidos y desencajados, los que no saben lo que les pasa y no aciertan en nada de lo que dicen y todo lo trafican. Porque icuidado si tiene uno que poner diligencia para que no ocurra esto, para no dejarse escapar, por ejemplo en el examen de Patología general una clasificación ó un detalle que expuso el catedrático ó que está en el libro de patología médica ha de respetarse! y se sabe que cada maestrillo tiene su librito y á cada cual hay que decirle precisamente el suyo para darle gusto y ganar la aprobación».

«Los exámenes tienen á su cuenta el estropear y desfigurar muchas vocaciones y el hacer cobrar odio al estudio á no pocos jóvenes que de otro modo le tomarían afición y llegarían á ser vigorosos y muy útiles personalidades. Los exámenes contribuyen grandemente á hacerles tirarse en el surco y arrimarse á la *cómoda nómina*».

«No hace mucho tiempo me decía un alumno, que tiene guardados bajo llave los libros que estudia con gusto verdadero, hasta que concluya sus exámenes y pueda arrojar á un rincón los que ahora le tienen secuestrado el entendimiento y aniquilada la salud, la libertad y hasta el placer de la vida».

Suscrita por más de cuatrocientas personas, todas ellas de reconocida autoridad en el ramo del saber se publicó en Inglaterra una protesta bajo el epígrafe *El sacrificio de la educación al examen* y entre cuyos firmantes figuran Max Muller, Grant, Allen, Carpenter, Bryce, Freeman, Romanes, Cunmighame, Grahan, Kidd, Bum, Jones, Stor, Bostian, Sayce, Dewar,

Warner, Armostrong, Brown y otros. ¿Y qué dicen todos estos señores? Véamos:

«La administración y los maestros tratan al niño como un instrumento que hay que preparar para ganar dinero del Estado, en forma de pensiones y empleos de todas clases, como se forma un potro para las carreras».

«Toda preparación para un examen, un premio, una oposición tiene esto de malo: sólo despierta la emulación y la emulación es una de las formas inferiores de la lucha animal por la existencia, desmoraliza, obliga á desatender los fines superiores de la educación y hace imposible la diversidad y originalidad en ésta, imponiendo á todos un tipo único: el que ha de dar la victoria en el concurso».

«El sacrificio de las facultades superiores á la rutina, el rápido olvido de lo que de ese modo y con tal fin (sea aprobado, llevarse la nota), se aprende el cultivo esmerado de la superficialidad para tratarlo todo, compañera inseparable de la incapacidad para tratar á fondo nada y del deseo, no de saber, sino de parecer que sabemos; la pasión para improvisar juicios cerrados sobre cosas arduas y difíciles, con la osadía, ligereza, falta de respeto, indiferencia por la verdad que todo esto engendra; la subordinación de la espontaneidad y sinceridad al convencionalismo de las respuestas á un programa, la habilidad para cubrir con la menor sustancia, el mayor espacio posible; la disposición y anarquía de la fuerza, el disgusto del trabajo, si no tiene carácter remunerativo».

El maestro y el estudiante al presentarse al acto del examen llevan ya el convencimiento de la comedia que van á representar. El maestro cree salvar su prestigio de tal, sacando avante á sus discípulos, sin importarle los medios. El estudiante busca la aprobación también sin importarle los medios, y solamente se fija en que el fin justifica á éstos. La inmoralidad de los exámenes tiene allí su prólogo.

LUIS FELIPE GONZÁLEZ